

LAS MANIFESTACIONES COLECTIVAS DE DUELO FRENTE A LA MUERTE DE EVA PERÓN (TUCUMÁN, 1952)

Lucía Santos Lepera
Universidad Nacional de Tucumán-CONICET

Resumen: El objetivo del trabajo es analizar las manifestaciones colectivas de duelo que se desplegaron a partir de la muerte de Eva Perón el 26 de julio de 1952 en la provincia de Tucumán. En primer lugar, nos interesa analizar el rol que ocupó la institución eclesiástica en el programa de homenajes oficiales y, de este modo, dar cuenta de la multiplicación inédita de manifestaciones de fervor religioso visibles en ese contexto. En segundo lugar, nos proponemos avanzar en el análisis de las expresiones religiosas populares que rodearon la muerte de Eva Perón, las cuales conformaron una puesta en escena de la unión entre la Iglesia y el gobierno, y de la imbricación entre catolicismo y peronismo.

Palabras clave: Eva Perón, Duelo, Manifestaciones colectivas, Religiosidad popular.

Abstract: The aim of this study is to analyze the mass demonstrations of mourning that were deployed from the death of Eva Peron on July 26, 1952 in the province of Tucumán. First, I want to analyze the role occupied by the ecclesiastical institution in the program of official celebrations and, in this way, to give an account of the unprecedented multiplication of religious fervor visible in that context. Second, I propose to advance in the analysis of massive popular religiosity that surrounded the death of Eva Peron, which formed a staging of the union between the Church and the government and the overlap between Catholicism and Peronism.

Key words: Eva Perón, Mourning, Collective events, Popular religiosity.

Ningún argentino que en 1952 haya tenido más de ocho años de edad olvidará nunca aquellas lúgubres semanas de julio y agosto. En la memoria colectiva quedan esas interminables jornadas de música solemne, cines y teatros cerrados, llovizna sobre las calles vacías, las vidrieras de los negocios a oscuras, sin transportes colectivos y casi sin automóviles particulares. Y las colas de gente atravesando cuadras y cuadras del centro de Buenos Aires, los diarios con franjas negras orlando su primera página, el nombre de Evita repitiéndose mil veces

en la prensa, en la radio, obsesivamente, impregnándolo todo... (Luna, 1987: 269).

La descripción sobre los días que siguieron a la muerte de Eva Perón en la capital federal puede aplicarse a cualquier ciudad del interior del país, teniendo en cuenta que la noticia del deceso movilizó a la población a través de distintas manifestaciones de duelo en todo el territorio nacional. Ciertamente, las crónicas periodísticas dieron cuenta del clima sombrío que inundó las calles desiertas tras la paralización total de actividades decretada por la Confederación General del Trabajo (CGT),¹ quietud en la que irrumpieron los rezos y llantos de mujeres y niños invocando el nombre de Evita.

El suceso producido el 26 de julio de 1952 dio lugar a distintas interpretaciones en la historiografía.² Las obras generales sobre el período que analizaron la coyuntura de la muerte de Eva Perón pusieron el énfasis en el accionar del Estado peronista, al subrayar los mecanismos a través de los cuales este procuró regular el duelo y sacralizar su figura (Luna, 1987; Gambini, 2001). De acuerdo con estos estudios, la iniciativa de convertirla en un personaje mitológico partió originalmente del gobierno y se evidenció en los discursos de los funcionarios y en la propaganda oficial, donde se acentuó la apelación a imágenes míticas y alegorías religiosas para referirse a la primera dama, nombrada solo unos meses antes con el título de «Jefa Espiritual de la Nación». En ese contexto, las alusiones oficiales se caracterizaron por una retórica místico-religiosa que apuntaba a transformarla en una santa (Grinberg Pla, 2005). En ese sentido, el Estado apareció como un actor que buscó desarrollar una «religión política».

Aunque cobró diferentes características y formulaciones, este argumento se proyectó en las investigaciones relativas a la Iglesia y el peronismo, que interpretaron la muerte de Eva Perón como un punto de inflexión en la relación entre la institución eclesiástica y el gobierno. De ese modo, se identificó el impulso de una «religión oficial», que buscó reemplazar al culto católico y desplazar a la Iglesia como institución (Bosca, 1997: 119-138).³ Otros estudios destacaron la intencionalidad del peronismo de sacralizar sus manifestaciones y de transformarse en una religión política, lo que llevó a limitar la presencia eclesiástica en el ámbito público (Bianchi, 1994: 36; Zanatta, 2009: 162). Estas concepciones se cimentaron en una noción de «competencia» entre la Iglesia y el Estado en el campo de la religión, manifestada «a partir de los avances de ciertas formas de

1. Los trabajadores nucleados en la CGT tuvieron un rol protagónico desde los orígenes del peronismo, erigiendo la central obrera en uno de los pilares del gobierno de Perón.

2. Eva Perón falleció a los 33 años de edad, en el auge de su carrera política y de su popularidad. La extensión del duelo y el recorrido intrincado que siguió el cuerpo, hasta su entierro definitivo en 1976, nutrieron el mito en torno a su figura, proyectado en conocidas obras literarias, cinematográficas y teatrales. Sobre las representaciones letradas y fílmicas de Evita producidas dentro y fuera del país entre los años 1951 y 2003, véase Romano, 2006.

3. Bosca analizó la forma en que se promovió desde el gobierno un santoral propio y se buscó la canonización laica de Evita, lo que inevitablemente llevaría a un enfrentamiento con la institución eclesiástica.

religiosidad popular que competían exitosamente con el catolicismo» (Bianchi, 1994: 31). De acuerdo con ese esquema, tal disputa fue fuertemente estimulada en el contexto de la enfermedad y muerte de Eva Perón, que vino a acentuar la incorporación de una simbología religiosa favorecida desde el gobierno.⁴

Desde una perspectiva diferente, Lila Caimari propuso insertar las manifestaciones de duelo en el marco de las expresiones fúnebres tradicionales, propias de un país con una cultura católica arraigada. Si bien la ola de religiosidad desencadenada por la muerte de Eva Perón presentó aristas «ambiguas» desde el punto de vista de la ortodoxia católica, no fueron más allá de los tradicionales problemas de forma e interpretación de la religiosidad popular (Caimari, 1995: 236). Pensar esta problemática en la dirección propuesta por Caimari permite introducir una perspectiva menos centrada en el poder del Estado, abriendo la puerta al análisis de las expresiones religiosas locales y los modos en que la población asimiló el proceso de duelo.

Teniendo en cuenta las consideraciones precedentes, este trabajo tiene por objetivo analizar las manifestaciones de duelo originadas durante los funerales de Eva Perón en el escenario tucumano y, de este modo, reconsiderar la hipótesis de la «competencia» entre la Iglesia y el gobierno peronista. Con ese fin, nos proponemos desentrañar en primer lugar el rol que ocupó la institución eclesial en el programa de homenajes oficiales y dar cuenta de la multiplicación inédita de manifestaciones de fervor religioso visibles en ese contexto. Lejos del retrato de una Iglesia amenazada por los avances del gobierno, perpleja y desplazada del espacio público, nos interesa resaltar que las manifestaciones en torno a la muerte de Eva Perón, tanto las realizadas espontáneamente como aquellas fomentadas desde el Estado y el espectro de asociaciones peronistas, representaron una puesta en escena de la unión entre la Iglesia y el gobierno y de la imbricación entre catolicismo y peronismo.

En segundo lugar, nos proponemos analizar las expresiones religiosas que rodearon la muerte de Eva Perón. En efecto, su deceso dio lugar a la proliferación de una densa religiosidad popular que, si bien desbordó la iniciativa de la jerarquía eclesial y se desplegó por fuera de los marcos institucionales de la Iglesia, no necesariamente entró en competencia con un catolicismo institucional ni se convirtió en fuente de conflictos entre el gobierno y la Iglesia. A los fines propuestos, resulta pertinente recuperar los estudios que pusieron en tela de juicio las definiciones de religión derivadas de un discurso clerical o «civilizado», recalcando la idea de un catolicismo flexible y socialmente articulado, en

4. Oscar Frigerio también abonó la idea de competencia en el campo de la religión. El autor señaló la apoteosis mística que se generó alrededor de la muerte de Evita, destacando que fueron las manifestaciones religiosas populares, tales como el culto con altares en los hogares –que continuaron invocándola después de muerta–, las que llevaron a la Iglesia a restar su apoyo inicial al gobierno, ya que «no podía menos que ver con espanto actitudes a las que caracterizaba de paganas» (Frigerio, 1990: 80).

el que la «religiosidad local» se encuentra en perpetua tensión con el sistema eclesiástico, pero a la vez es parte de su esencia (Christian, 1991).⁵

Las consideraciones que siguen no pretenden, sin embargo, soslayar las tensiones que se produjeron en la institución eclesiástica y en su relación con el gobierno peronista. En efecto, las formas y los lugares donde debía exteriorizarse el duelo generaron algunos entredichos entre la curia eclesiástica y el gobierno. Consideramos, no obstante, que estos sucesos no opacaron el predominio de la cooperación institucional entre el poder político y religioso, ni impidieron que distintos sectores de la Iglesia –incluida la jerarquía eclesiástica– interpretaran en la muerte de Eva Perón un resurgimiento de la religiosidad del pueblo y de expresiones de «fervor católico».

1. La Iglesia católica y el gobierno peronista en el marco de los rituales fúnebres oficiales

Tras la irrupción del peronismo, la provincia de Tucumán fue sindicada como «la más peronista del país», caracterización que se nutrió a partir de la profunda adhesión del electorado al nuevo movimiento político (Perón triunfó en Tucumán con el 70% de los votos).⁶ Los sindicatos azucareros nucleados en la FOTIA⁷ fueron un pilar de sustento clave del peronismo tucumano, convirtiendo a la provincia en uno de los bastiones de ese movimiento en el interior del país.⁸ En el escenario dominado por la identidad política peronista, la cooperación institucional y los privilegios que el gobierno provincial dispensó a la Iglesia católica fueron el eje que rigió su relación hasta los estertores de la primera dé-

5. En su estudio, Christian distingue dos tipos de catolicismo: el de la *Iglesia universal*, basado en los sacramentos, la liturgia y el calendario romano (catolicismo ortodoxo), y otro *local*, vinculado a «lugares, imágenes y reliquias de carácter propio, en santos patronos de la localidad, en ceremonias peculiares y en un singular calendario compuesto a partir de la propia historia sagrada del pueblo» (Christian, 1991: 17). Lejos de presentarlos como dos compartimentos estancos y diferenciados, al proponer el concepto de «religión local» el autor cuestiona la rígida dicotomía entre una religión local y una universal como opuestas (Taylor, 1999: 74). Prefiere este concepto al de «religión popular», dada la cantidad de sentidos a los que este último es asociado. En general, el concepto de religión popular ha connotado sentidos peyorativos y ha sido asociado a lo incivilizado, lo supersticioso y lo pagano (Ameigeiras, 2008).

6. Sobre las singularidades que comportó la irrupción del peronismo en Tucumán, véase Gutiérrez y Rubinstein, 2012.

7. Federación Obrera de Trabajadores de la Industria Azucarera, fundada en 1944. Sobre su proceso de conformación remitimos a Rubinstein, 2006.

8. Tucumán es una provincia de 22.836 km² ubicada al norte de Argentina. La actividad azucarera constituyó, desde fines del siglo XIX, la base de la economía provincial, marcando el pulso de la dinámica política y delineando la conformación de la estructura social. Hacia 1947, la población total de Tucumán era de 593.371 personas, que se distribuían de forma heterogénea en los once departamentos que la conformaban. La capital (San Miguel de Tucumán), centro político y administrativo de la provincia, concentraba el 65% de la población urbana y el 34% de la población total. En el interior de la provincia, donde predominaba la población rural, las ciudades más importantes eran Tafi Viejo (departamento Tafi), Concepción (Chicligasta) y Aguilares (Río Chico), con una población entre diez y veinte veces menor que la capital.

cada peronista. En efecto, tal relación redundó en importantes beneficios para la institución eclesiástica, que durante esos años vio extender su red parroquial y fortalecerse institucionalmente, alcanzó importantes conquistas en el campo educativo, penetró con su prédica social en un mundo obrero que hasta el momento había sido difícil de permear, y construyó lazos con la política a partir de una estrecha interpenetración. Tal campo de colaboración, trazado por las relaciones entre la Iglesia y el gobierno –y que se sostuvo a lo largo del período–, fue el marco que encuadró los rituales oficiales desarrollados en el contexto de la muerte de Eva Perón en julio de 1952.

La noticia del deceso de la primera dama movilizó a la población tucumana, cuyas expresiones de dolor se manifestaron de formas muy diversas. Hubo quienes reaccionaron desesperadamente colmando las calles con gritos, llantos, desmayos y rezos. Otros irrumpieron en los templos para orar por el alma de la extinta o erigieron altares simbólicos en sus domicilios, congregando a los vecinos para aunar sus rogativas y calmar sus angustias. Concomitantemente, la novedad del deceso llevó a los obreros y militantes peronistas a acudir a las sedes sindicales y a las unidades básicas a la espera de directivas, mientras que en la capital tucumana numerosos grupos de personas humildes, «dispuestas a exteriorizar sus sentimientos de congoja», se congregaban frente a la Casa de Gobierno.⁹

Frente al «incontenible fluir de la muchedumbre» que se agolpó en la sede de la CGT, el interventor de la central obrera, Eduardo Rojas, llamó a «mantener la calma» y a esperar las directivas respecto a los homenajes que los trabajadores rendirían a Eva Perón.¹⁰ Por su parte, el gobernador de la provincia, Luis Cruz,¹¹ dispuso «medidas de emergencia» tales como el cierre de cines y establecimientos de espectáculos, confiterías, etc., y solicitó a las autoridades eclesiásticas que garantizaran la apertura de todos los templos de la diócesis «a fin de que el pueblo pueda entregarse a rezar por el alma de Eva Perón».¹² Estas declaraciones procuraron encauzar el desasosiego y la preocupación de la población en el contexto de incertidumbre reinante.

En términos generales, la gobernación provincial, la intervención de la CGT y el Partido Peronista (PP) de Tucumán se adhirieron a las disposiciones de duelo y los honores oficiales decretados a nivel nacional.¹³ La resolución de ministros

9. Diario *La Gaceta*, Tucumán, 27.07.1952. Para la reconstrucción de lo acontecido en los días que siguieron a la muerte de Eva Perón, nos hemos basado en las crónicas publicadas en *La Gaceta*, única fuente periodística que se conserva íntegra. Este diario desempeñó un rol opositor durante los primeros años de gobierno peronista, que matizó hacia comienzos de la década del cincuenta.

10. Diario *La Gaceta*, Tucumán, 27.07.1952.

11. Luis Cruz fue gobernador de Tucumán por el peronismo entre 1952 y 1955. Su mandato finalizó en marzo de ese año tras un decreto de intervención federal. A partir de esa decisión, la Iglesia perdió su interlocutor local, con lo que comenzaron a manifestarse las interrupciones del campo de colaboración que había trazado con el gobierno (Santos Lepera, 2012).

12. Diario *La Gaceta*, Tucumán, 27.07.1952,

13. Sobre las características que asumieron los funerales de Estado a principios del siglo xx, remitimos al artículo de Sandra Gayol sobre las exequias organizadas por la muerte de Bartolomé Mitre en 1906 (Gayol, 2010: 9-32).

del Poder Ejecutivo de la Nación declaró el duelo nacional y dispuso la suspensión de actividades oficiales durante dos días, la bandera nacional a media asta en todos los edificios públicos y unidades del ejército, y el sostenimiento de 30 días de luto oficial, entre otras medidas. La resolución también precisó el lugar y la fisonomía que debían seguir las honras fúnebres: el cuerpo sería velado en la sede del Ministerio de Trabajo y Previsión y sus restos serían guardados, «por expresa voluntad de la Sra. Eva Perón», en la sede de la CGT, hasta su traslado definitivo al monumento que se erigiría en su memoria.¹⁴ A su vez, dispusieron que el Ministerio de Relaciones Exteriores y Culto gestionase que en «todos los templos se eleven rogativas por el alma de la ilustre dama» y que durante el sepelio todas las iglesias del país hicieran sonar sus campanas durante cinco minutos en señal de duelo.¹⁵ Por su parte, la CGT y el Consejo Superior del PP también dispusieron homenajes y dictaron resoluciones, pautando las formas del luto oficial que debían seguir sus afiliados.¹⁶

Las autoridades de la diócesis de Tucumán se adhirieron al duelo decretado en la provincia, acatando lo dispuesto en las resoluciones gubernamentales. Además, los mandatarios de la diócesis enviaron a Perón telegramas de pésame y alabanza, donde se referían a la primera dama como la «infatigable luchadora inquebrantable y fiel colaboradora», resaltando «sus ideales de justicia y redención social» y «su amor por la clase humilde y atribulada».¹⁷

En el momento de producirse la muerte de Eva Perón, monseñor Juan Carlos Aramburu acababa de asumir la dirección provisoria de la Iglesia tras la muerte del obispo Agustín Barrere (febrero de 1952).¹⁸ Asimismo, en el mes de junio la provincia renovó autoridades gubernamentales, luego de que las elecciones otorgaran un triunfo abrumador a Luis Cruz, candidato del peronismo. Conside-

14. La Ley 14124, sancionada el 4 de julio de 1952, dispuso la construcción de un monumento a Eva Perón en la plaza de Mayo, con sus respectivas réplicas en las provincias de todo el país, y costeadado con fondos provenientes de donaciones populares. Sin embargo, nunca llegó a construirse.

15. Resolución de los ministros del Poder Ejecutivo nacional, Buenos Aires, 26 julio de 1952: resolución s/n 26 julio 1952 (A de M.) BO 28.07.52 honras fúnebres a la Sra. Eva Perón. El Poder Ejecutivo de la provincia de Tucumán se adhirió a la resolución a través de un decreto emitido el mismo día.

16. Todo peronista debía usar corbata negra durante tres días, luto en la solapa durante 30 días y, desde entonces en adelante, asistir a los actos de gobierno con corbata de luto. La CGT declaró el duelo de todos los trabajadores. Dispuso, entre otras medidas, un paro nacional de actividades por dos días y duelo de 30 días. También solicitó «que las campanas de las iglesias de todo el país doblen por el término de cinco minutos». Resolución de la CGT, Buenos Aires, 26.07.1952, publicada en el *Diario de Sesiones de la Cámara de Diputados*, 5.08.1952.

17. Archivo del Arzobispado de Tucumán (en adelante AAT), Correspondencia Oficial, Joaquín Cucala, rector del Seminario de Tucumán, a Perón, y Mons. Aramburu a Perón, 27 de julio de 1952. Por su parte, la Junta Diocesana de Acción Católica resolvió oficiar una misa en la catedral en sufragio del alma de Eva Perón. Archivo de Acción Católica Tucumana, Actas de reunión de la Junta Diocesana, 6 de agosto de 1952.

18. Monseñor Agustín Barrere asumió como obispo de la diócesis de Tucumán en 1930. Durante los primeros años de gobierno peronista mantuvo una relación cordial y de mutua colaboración con el poder político. Tras su muerte, a principios de 1952, lo sucedió Juan Carlos Aramburu, quien se desempeñaba en ese momento como vicario capitular de la diócesis (Santos Lepera, 2010).

ramos que el devenir posterior a la muerte de Eva Perón favoreció los vínculos entre el poder político y religioso, donde las autoridades de ambas entidades afianzaron una relación caracterizada por la cordialidad y la estrecha colaboración institucional. Sin embargo, no solo se trató de una oportunidad para que las flamantes autoridades legitimaran y robustecieran su presencia pública. En cierto sentido, la muerte de Eva Perón puso en el centro de la escena el auge de la imbricación entre peronismo y catolicismo.

Veamos, en primer lugar, el rol de la Iglesia católica en un contexto en el que se multiplicaron las manifestaciones de duelo oficial. Apenas circuló la noticia del deceso por los medios gubernamentales, el Poder Ejecutivo provincial publicó un decreto con las iniciativas que llevarían a cabo conjuntamente la Iglesia y el gobierno. Se dispusieron dos actos religiosos: una misa pontifical de réquiem en la catedral, que sería oficiada por monseñor Aramburu, y una misa en la iglesia de San Francisco, orden a la que pertenecía Evita como Hermana Terciaria. Asimismo, los considerandos del decreto señalaron que ambas entidades harían officiar funciones religiosas en todos los templos de la ciudad. Durante los días de duelo se multiplicaron por doquier las misas en sufragio del alma de Eva Perón celebradas por el vicario capitular o los sacerdotes diocesanos, a las que asistieron las autoridades peronistas provinciales. El clima de fervor religioso representado en las imágenes de las multitudes que desbordaron los templos llevó a la prensa a hablar de «un inédito acercamiento del pueblo a la iglesia».¹⁹

Observemos en este sentido los actos organizados el 10 de agosto –día que culminaban los homenajes póstumos con el sepelio en la CGT en la Capital Federal– y el rol preponderante que asumió Aramburu en el despliegue de homenajes coordinados por el gobierno en Tucumán. El vicario capitular ofició la bendición del altar levantado en el salón blanco de la Casa de Gobierno, junto a las autoridades provinciales y a un numeroso público que se reunió para seguir las oraciones. Con este acto se clausuró el altar erigido en la plaza principal y se inauguró el nuevo espacio destinado a los homenajes que la población rendiría en adelante a Eva Perón. Las crónicas periodísticas describieron con detalle el lugar de duelo bendecido por el prelado:

En el salón, sobre una pequeña plataforma, se colocó un retrato de Eva Perón con crespones negros. Sobre él un gran crucifijo tallado en madera de laurel, y ambos adornados con una corona de claveles blancos en forma de corazón. Al pie del altar, una alfombra negra con una cruz blanca. Arriba, pendiendo de una cornisa de la sala, un enorme paño con el nombre de Evita. A la derecha, un escudo del Partido Peronista y a la izquierda, un escudo argentino.²⁰

Este ámbito de homenaje oficial, por el que desfiló durante horas un numeroso grupo de personas y donde las mujeres se agolpaban para «orar con fervor», condensó, en un espacio reducido, los emblemas de la unión entre la Iglesia, el Estado y el partido.

19. Diario *La Gaceta*, Tucumán, 8.09.1952.

20. Diario *La Gaceta*, Tucumán, 11.08.1952.

Unas horas antes, el vicario capitular de la diócesis había participado en el acto de la plaza principal organizado por la CGT, el Poder Ejecutivo de la provincia y las ramas masculina y femenina del Partido Peronista, con el fin de ofrecer el «último adiós a Eva Perón». El acto, sincronizado con los homenajes que se realizaban en la capital federal, tuvo su momento culminante a las 20.25 h, cuando Aramburu pronunció un responso en el altar levantado en las escalinatas de la Casa de Gobierno, frente a una multitud que se emocionó y siguió «con unción los pasajes de la ceremonia religiosa».²¹ Finalmente, tomó la palabra el presbítero José Amado Dip –prosecretario y notario mayor de la diócesis–, quien se encargó de la oración fúnebre. Sus palabras resaltaron una imagen de Eva Perón asociada a los trabajadores, al sacrificio y a una vida de sufrimientos: «para los que han sabido de sus luchas, de sus reivindicaciones y de su generoso corazón, palpitará siempre la lección de su vida ennoblecida por el trabajo y el dolor [...] El dolor acerca a Dios. Eva Perón ha sabido sufrir. El dolor y el trabajo engendran la paz y la paz es obra de la justicia. Eva Perón fue un anhelo viviente de justicia». Cerró su oración proclamando que «el nombre de Eva Perón irá prendido como un eco misericordioso sobre el dolor, la pobreza y el trabajo».²² La crónica destacó que la oración del religioso constituyó el momento más emotivo de los homenajes cuando la multitud expresó su intensa congoja a través de llantos y desmayos, dando lugar a la intervención del personal de los puestos sanitarios.

Resulta difícil dimensionar las experiencias sin precedentes por las que transitaban los sacerdotes y, especialmente, los curas párrocos, al presidir misas y procesiones con antorchas, rezar responsos y dirigir oraciones fúnebres ante las presencias multitudinarias en los templos y en los altares levantados ex profeso. Los sacerdotes debieron garantizar la apertura de las iglesias, officiar misas y contener ese «acercamiento inédito del pueblo a los templos» que describieron una y otra vez las crónicas periodísticas. Al igual que sucedió con el presbítero Amado Dip, las oraciones de los curas fueron seguidas atentamente con fervor y emoción. Las misas dedicadas al alma de Eva Perón, mandadas a officiar por un amplio espectro de entidades peronistas, católicas y asociaciones en general, se volvieron la expresión por excelencia de adhesión al duelo.²³ Los curas enfrentaron un aluvión de pedidos de oficio de misas y funerales solemnes. En ese sentido, resultaron elocuentes los números de oficios religiosos que se efectuaron en sufragio del alma de la extinta hasta el 15 de septiembre: 335 misas rezadas, 252 funerales solemnes, «fuera de los novenarios de oraciones que se

21. Diario *La Gaceta*, 11.08.1952. Eva Perón falleció a las 20.25 h del día 26 de julio de 1952. Por lo general, los homenajes eran organizados para culminar a esa hora.

22. Diario *La Gaceta*, 11.08.1952.

23. Resulta interesante destacar que numerosas asociaciones católicas mandaron a officiar misas por el descanso de Eva Perón. Entre ellas se destacaron los jóvenes de Acción Católica, quienes formaron una delegación que viajó a la capital federal y asistió al velatorio en la CGT. Diario *La Gaceta*, Tucumán, 2.08.1952.

hicieran en todas las iglesias parroquiales».²⁴ Durante aquellos días de duelo los sacerdotes tuvieron un rol central y actuaron estrechamente con las entidades y las autoridades peronistas locales.

¿Qué comportamiento siguió la jerarquía eclesiástica tucumana frente a la diversidad de manifestaciones que se visibilizaron tras la muerte de Evita? Para responder este interrogante es necesario tener en cuenta un evento que coincidió con aquellos días de duelo y que, por lo tanto, se mimetizó con los homenajes a Eva Perón: la llegada de la «Cruz de Jerusalén», proveniente de Tierra Santa en su «cruzada de oración por la paz».²⁵ La Cruz, que recorría el mundo en manos de los misioneros franciscanos con el fin de llevar a cabo una «cruzada espiritual», arribó a la provincia el 2 de agosto, momento de apogeo de las manifestaciones de dolor por la muerte de la primera dama. El programa de oficios religiosos para homenajear la visita de la Cruz fue sumamente abultado, contemplándose que la imagen recorriera la mayor cantidad posible de parroquias de los pueblos del interior.

El fervor popular y las expresiones de fe y de adoración religiosa con las que fue recibida la Cruz a su llegada a la provincia deben enmarcarse en el clima de acercamiento a la Iglesia que representaron los días posteriores a la muerte de Evita. Así lo entendió el vicario capitular, quien consideró que la cruzada espiritual llegó en un momento oportuno dado que «el pueblo siente profundamente el deseo y la necesidad de orar», lo que hacía suponer que los fieles corresponderían al «llamado de la gracia de Dios».²⁶ Desde su perspectiva, el proceso de dolor y sufrimiento padecido por el pueblo de Tucumán como fruto de la muerte de Evita se había traducido en un resurgimiento de la fe católica. Por esta razón, los fieles recibirían con «verdadero fervor católico aquel emblema de su redención».²⁷ En sintonía con este diagnóstico, el sacerdote franciscano fray Jesús Rodríguez reivindicó el momento que vivía el país como un verdadero «espectáculo de fe religiosa», iniciado cuando el pueblo imploró a Dios por la salud de Eva Perón y «continúa hoy cuando ruega por su alma».²⁸

Las impresiones de los sacerdotes denotan que, lejos de verse desplazada del espacio público, la Iglesia supo capitalizar esta situación y convertir la cruzada religiosa en un verdadero episodio de fervor popular católico. Esta percepción se refuerza si nos detenemos en detalle a observar los actos organizados en torno a la llegada de la Cruz. En efecto, esta fue recibida por las autoridades eclesiásticas, políticas y militares, quienes, luego de encabezar la procesión por las calles céntricas de la ciudad, arribaron al templo de San Francisco (frente

24. AAT, Informe elevado por Aramburu a Benítez de Aldama, subsecretario de Culto, 16.10.1952, Carpeta con Correspondencia Oficial.

25. Los misioneros franciscanos eran los guardianes del Santo Sepulcro. Diario *La Gaceta*, Tucumán, 1.08.1952.

26. Diario *La Gaceta*, Tucumán, 1.08.1952.

27. «Llegó a Tucumán la cruz de Jerusalén», Diario *La Gaceta*, Tucumán, 3.08.1952.

28. «Solemnes actos hubo en el altar», Diario *La Gaceta*, Tucumán, 6.08.1952.

a la plaza principal). La Acción Católica²⁹ fue la encargada de organizar la procesión, cuyas columnas fueron nutridas por miembros de las congregaciones, cofradías, asilos y colegios religiosos junto a una «multitud» que pugnó por ocupar los mejores lugares, «a fin de ver y adorar la Cruz».³⁰ Esta muchedumbre fue contenida por el cordón policial, que procuró mantener el orden, y por los soldados que custodiaron al vicario capitular, al superior franciscano y a las autoridades provinciales que rodearon la cureña con el emblema religioso a lo largo de su recorrido.³¹ Sin embargo, fue imposible evitar la avalancha de fieles que empujaron para acercarse a la Cruz, mirarla, besarla y adorarla. Fue objeto de todo tipo de expresiones de veneración: «hombres y mujeres la seguían haciendo la señal de la cruz, los labios entonaban los cánticos, las niñas de los colegios doblaban las rodillas a su paso».³²

El momento culminante de la procesión fue el homenaje a Eva Perón. Fray Antonio Rivas, uno de los portadores de la Cruz, ocupó un púlpito improvisado frente al altar levantado a la primera dama en la plaza principal de la ciudad. En su discurso realizó un paralelismo entre el calvario y la muerte de Jesucristo, representado en el emblema traído de Jerusalén, y el dolor sufrido por Eva Perón, quien llevaba en sí «el recuerdo del Calvario». Finalmente, la Cruz fue llevada a la iglesia, donde los fieles desfilaron durante toda la noche para adorarla y besarla. Si desde la propia Iglesia se promovió la adoración a la Cruz como una forma de homenaje a Eva Perón, las expresiones de las multitudes que acudieron al templo remiten directamente a las manifestaciones de dolor y duelo de la población. Estas escenas de fe católica en las que los fieles, junto a las autoridades religiosas y políticas, se encolumnaban para venerar la Cruz, se repitieron durante un mes en la capital y en el interior de la provincia.

Por último, el obispado organizó un vía crucis con el fin de dar cierre a los homenajes realizados, en el que se dedicó la penúltima estación a orar frente al altar levantado en la plaza principal por Eva Perón.³³ De este modo, las autoridades católicas modificaron el formato del ritual e insertaron la veneración de la Cruz en el circuito de duelo oficial, un intento más por capitalizar las manifestaciones de duelo y asociarlas al culto del emblema religioso.

En síntesis, la muerte de Eva Perón y la llegada de la Cruz de Tierra Santa a la provincia de Tucumán crearon un clima propicio para el robustecimiento de la vinculación de la Iglesia y el gobierno. A lo largo de aquellos meses, fue induda-

29. La Acción Católica tucumana, cuyo principal objetivo consistía en reunir las actividades de los laicos en una entidad única y obediente a las directivas de la jerarquía, fue conformada en 1931 bajo la gestión diocesana del obispo Agustín Barrere. Los laicos organizados en Acción Católica fueron el pilar sobre el que asentó la institución eclesiástica para ganar las calles a partir de las movilizaciones católicas y, de este modo, proyectar una imagen de la Iglesia basada en el orden y la solidez. Sobre este tema, Mallimaci, 1991; Zanatta, 1996; Bianchi, 2002; Blanco, 2008.

30. «Llegó a Tucumán la Cruz de Jerusalén», Diario *La Gaceta*, Tucumán, 2.08.1952.

31. Diario *La Gaceta*, Tucumán, 2.08.1952.

32. Diario *La Gaceta*, Tucumán, 2.08.1952.

33. «Hubo en las calles un solemne Vía Crucis», Diario *La Gaceta*, Tucumán, 8.08.1952.

ble que las calles tucumanas eran peronistas y católicas, una combinación que en ningún sentido avizoraba aristas excluyentes.

2. La jerarquía católica y la búsqueda de «límites» frente a las manifestaciones religiosas en torno a la muerte

Tradicionalmente los obispos procuraban controlar los rituales que se desarrollaban alrededor de la muerte. El inicio y el fin de la vida de una persona eran pasajes acompañados de una serie de ritos y gestos que a su vez encadenaban las prácticas y creencias propias de cada comunidad (Barral, 2007: 175-195). En la diócesis tucumana, el ceremonial religioso que acompañaba a la muerte fue pautado por la normativa eclesíastica, que reglamentó la forma de las exequias fúnebres, sus diferentes momentos y los aranceles que se cobraban.³⁴ De este modo, en el marco de las ceremonias fúnebres originadas tras la muerte de Eva Perón, el vicario capitular de la diócesis también procuró encauzar por el camino de la institucionalidad las manifestaciones religiosas que se multiplicaron entre la población.

Como ya se ha señalado, el oficio de misas fue una de las formas más extendidas de expresar la adhesión al duelo decretado por el gobierno.³⁵ En los días que siguieron a la muerte de Eva Perón, los sacerdotes diocesanos celebraron una gran cantidad de misas a pedido de distintas instituciones y organizaciones de la sociedad. Sin embargo, las ceremonias religiosas no se desarrollaron solamente en el marco de un templo, ya que también existieron las misas de campaña: celebraciones llevadas a cabo en las plazas principales y en las sedes sindicales o partidarias. Tales oficios religiosos fueron ofrecidos cuando se estimó que la participación de la población superaría el espacio físico del templo. Sin embargo, en el contexto descrito adquirieron un significado complementario: una puja por las *zonas de duelo*.

Los pedidos de misas de campaña enviados al obispado por las autoridades civiles y las distintas organizaciones de la sociedad resultaron innumerables.³⁶ Si bien estos pedidos fueron acompañados por el aval de los respectivos párrocos, para llevarlos a cabo se necesitaba la autorización del vicario capitular de la diócesis. Frente a la cantidad de pedidos que llegaron en el transcurso

34. AAT, *Segundo Sínodo Diocesano de Tucumán*. Escuela tipográfica del Colegio Salesiano Tulio García Fernández, 1931.

35. La celebración de misas, incluidas las de cuerpo presente, ocupaban un lugar central en el ceremonial regido por el ritual romano. El objetivo principal era conseguir que el alma del difunto se asegurase una estancia corta en el Purgatorio y suavizar los posibles castigos (Barral, 2007).

36. Los pedidos de misa de campaña eran elevados al obispado por los curas párrocos, que solicitaban el permiso de la autoridad máxima de la diócesis para oficiarlas. Se encuentran pedidos provenientes de diversas entidades políticas, gremiales, culturales, educativas, deportivas, etc. (por ejemplo de las distintas escuelas de la provincia, de unidades básicas, del Partido Peronista femenino y masculino, de los sindicatos de obreros azucareros, de los ferroviarios, del personal de correos, de organismos de gobierno, etc.). AAT, Carpeta con correspondencia de parroquias.

del primer mes de la muerte de Eva Perón, Aramburu resolvió no dar lugar a las solicitudes, procurando que los oficios fúnebres se realizaran en el ámbito de un templo. La autoridad diocesana explicó los fundamentos de su decisión en una carta al ministro de gobierno, quien había solicitado una misa de campaña en la plaza principal para conmemorar el mes de la muerte de Eva Perón: «estamos obligados a velar por la pureza y autenticidad de la disciplina eclesiástica y si en otras circunstancias se permitió la celebración de misas de campaña [...] entendemos que hoy, dando cumplimiento a las prescripciones del derecho y la liturgia, los oficios fúnebres deben realizarse en el ámbito de una Iglesia». ³⁷ A cambio, Aramburu le ofreció officiar la misa en la iglesia catedral. ³⁸

La jerarquía eclesiástica persiguió el objetivo de encauzar las manifestaciones religiosas de la población en la senda de la religiosidad institucional, procurando acotar los homenajes religiosos al espacio de los templos. En efecto, las iglesias eran los espacios donde se alojaba «lo sagrado» por excelencia: allí había una autoridad clara –el cura– y las formas de la religión estaban pautadas. Por el contrario, la «campaña» era el lugar de lo profano, un espacio más proclive a la multiplicación de las manifestaciones religiosas heterodoxas. No obstante, Aramburu se mostró flexible frente a los pedidos de misas de campaña y, si bien siempre sugirió que los oficios de las misas se llevaran a cabo en el marco de las iglesias, cedió ante la insistencia de los sacerdotes para evitar las implicancias negativas que podía provocar la adopción de una actitud diferente.

Por ejemplo, frente al pedido del cura párroco de Concepción de officiar una misa de campaña en la plaza principal por la salud de Eva Perón, Aramburu concedió el permiso con la condición de que «los asistentes no quepan en la Iglesia», y solicitó al párroco que tratara en adelante «que concurren si pueden a la parroquia». ³⁹ En efecto, era muy difícil que la jerarquía eclesiástica pudiera sostener la decisión de limitar las misas de campaña en un contexto en el que muchas de las entidades que auspiciaron los oficios religiosos buscaron capitalizar las movilizaciones y las expresiones de pesar. Asimismo, las expectativas de los fieles, que esperaban rendir fervorosamente sus homenajes en espacios no acotados a la iglesia, fueron significativas. De este modo, si bien la jerarquía católica buscó, a través de distintas estrategias, encauzar por el camino de la institucionalidad las manifestaciones heterodoxas, también se adaptó a un contexto de demandas políticas y religiosas.

37. AAT, Correspondencia oficial, Respuesta al ministro de gobierno Elizalde, 23 de agosto de 1952.

38. Sin embargo, el ministro de gobierno buscó la manera de officiar la misa en la plaza principal y recurrió al ejército, en concreto al capellán militar Manuel Ballesteros, quien auspició el funeral solemne con el que se conmemoró el cumplimiento del mes de la muerte de Eva Perón.

39. ADC, Carpeta Parroquia de Concepción, carta del cura párroco Julio Ferreyra a Mons. Aramburu, 23.07.1952, y respuesta de Aramburu, 24.7.1952. Ya desde los meses previos a la muerte de Eva Perón, frente a los pedidos de misas para orar por su recuperación, Aramburu procuró que tales ceremonias fuesen officiadas en el marco de las iglesias.

Como veremos a continuación, la muerte de Eva Perón fue un escenario que propició la multiplicación de expresiones religiosas populares, vinculadas a los rituales que desplegaban usualmente las poblaciones en torno a la muerte. Muchas de esas prácticas se alejaron de la estricta ortodoxia católica, tales como la introducción de retratos de Evita en los templos, la centralidad de su imagen en los altares y catafalcos, o la atribución a su figura de características sobrenaturales. Sin embargo, el punto en que estas manifestaciones cruzaban el umbral permitido por la Iglesia resultó muy difuso.

3. Los curas párrocos y las expresiones populares frente a la muerte de Eva Perón

Conjuntamente a su participación en los homenajes dispuestos por el gobierno y la Iglesia, la población provincial desplegó un abanico diverso de manifestaciones de adhesión al duelo, que obedecieron a lógicas tanto espontáneas como pautadas de antemano y engarzaron las dimensiones públicas y privadas de los individuos que las impulsaron. La adhesión podía expresarse a través del uso de un crespón negro en la solapa, el envío de telegramas expresando condolencias a Perón, el oficio de misas en sufragio del alma de la extinta, de ofrendas florales en los altares levantados ex profeso, la organización del rezo de novenas,⁴⁰ peregrinaciones a santuarios importantes⁴¹ y la conformación de «guardias de honor» en los altares cívicos, entre otras.

En este sentido, una reacción popular ampliamente extendida fue la edificación de altares, cuya fisonomía cabe detenerse a considerar.⁴² Organizados alrededor de un retrato de Evita, se compusieron de una cruz, velas y algunas ofrendas florales. La dinámica espontánea de estas prácticas se observó en la erección de altares en los domicilios particulares, que, organizados por grupos de vecinos, proporcionaron un espacio para rezar novenas por el alma de la

40. La novena es un ejercicio de devoción que se practica durante nueve días para obtener alguna gracia, con una intención determinada, o para orar por un difunto. En general, la iniciativa de organizar novenas por Eva Perón surgía de algún vecino que reunía a un grupo de gente en alguno de los altares levantados en el barrio y dirigía el rezo.

41. Hubo quienes hicieron peregrinaciones por iniciativa propia al santuario de la Virgen del Valle (provincia de Catamarca) en homenaje a Eva Perón. En otros casos, algunos obreros realizaron peregrinaciones a pie hasta la capital federal para asistir al sepelio y expresar a Perón su dolor. *Diario La Gaceta*, 31.07.1952 y 9.08.1952.

42. Cynthia Folquer ha analizado las prácticas en torno a la muerte como objeto de culto en el horizonte cultural del noroeste argentino. Entre ellas se destaca la erección de altares domésticos en los que se reza por el alma del difunto (Folquer, 2006 y 2012). Asimismo, en su estudio, Ameigeiras explica que el «culto a los difuntos» tiene una profunda vigencia en el catolicismo popular y que se relaciona no solo con el intento de «integrar» la muerte a la vida, o de sacralizarla como un tránsito, sino también «con la presencia de un cierto sentido trágico que lleva a considerar muy especialmente la existencia del dolor y de la muerte». El autor considera que una muestra de ello se encuentra en la vigencia, especialmente en el catolicismo popular de origen rural, de los responsos, de los llamados novenarios, los trisagios, el alumbrar las almas y los distintos tipos de velorios (Ameigeiras, 2008: 35).

extinta. La lógica pauta institucionalmente se observó en la organización de altares por parte del PP, la CGT y diversas dependencias públicas adheridas al duelo. Durante las semanas que duró este pudieron encontrarse altares tanto en todas las unidades básicas femeninas y masculinas como en las sedes sindicales, estaciones ferroviarias, comunas rurales, bibliotecas populares, escuelas y plazas principales de los pueblos y ciudades del interior.

Estos altares «simbólicos» o «cívicos» representaban el catafalco que resguardaba los restos de Evita, velados en el Ministerio de Trabajo y Previsión (capital federal). El altar cívico más importante de Tucumán fue erigido en las escalinatas de la Casa de Gobierno, frente a la plaza principal, a instancias de la CGT local: allí se llevaron a cabo los principales homenajes cívicos y religiosos. El altar consistía en una gigantesca cruz blanca donde la población se reunió para realizar ofrendas florales y colocar retratos de Eva Perón. Las «guardias de honor», a cargo de miembros del PP y de los gremios obreros, custodiaron este altar a lo largo del día a partir de un cronograma pautado desde sus órganos directivos.⁴³

Al levantar un altar se convertía el espacio físico involucrado en un lugar donde podía rendirse homenaje y elevar oraciones por Eva Perón. Junto a las iglesias, estos espacios se convirtieron en las *zonas de duelo*, lugares destinados a las honras fúnebres a los que acudía gente de diversas procedencias. Circunscritas fundamentalmente a las plazas principales de ciudades y pueblos, acudieron a ellas grupos de personas que se desplazaban en procesión desde poblaciones cercanas o apartadas. En ese sentido, uno de los acontecimientos más emotivos de las honras fúnebres fue la llegada de grupos de obreros del campamento Las Lenguas, que, acompañados de sus esposas e hijos, recorrieron decenas de kilómetros para rendir homenaje a Eva Perón y concurrir al templo de la ciudad de Concepción para asistir a su funeral solemne. A ellos se sumaron grupos de hombres y mujeres de poblaciones alejadas, «venidas a pie y portando en alto retratos del Gral. Perón y Eva Perón».⁴⁴

En parajes apartados, como Las Lenguas, apenas llegó la noticia del deceso se erigieron altares en casas de vecinos y se colocaron retratos de Eva Perón, y allí se rezó todas las tardes el santo rosario. Sin embargo, ante la falta de un templo o una capilla cercana donde asistir a misa, la población organizó traslados a la ciudad de Concepción. Este tipo de peregrinajes no fueron excepcionales. Por el contrario, constituyeron una escena repetida en muchos de los poblamientos que no contaron con templos: se improvisaron *zonas de duelo* que suplieron a las iglesias, pero no se dejaron de organizar peregrinaciones

43. La CGT y el PP formaron comisiones de homenaje que se encargaron de confeccionar las listas de quienes harían las guardias (entre 2 y 3 horas). La obligación de inscribirse en dichas listas no se hizo explícita en la prensa, aunque los miembros del sindicato de obreros del ingenio Ñuñorco hicieron saber a través del diario local que era obligatoria la concurrencia de sus afiliados a la custodia del retrato, así como la asistencia al novenario que, en memoria de Eva Perón, se rezó todos los días en la iglesia parroquial.

44. Diario *La Gaceta*, Tucumán, 30.07.1952

para asistir a las misas oficiadas en las capillas o iglesias más cercanas. Una pobladora del ingenio Santa Ana recordó los velatorios realizados en las capillas ardientes de las colonias de obreros azucareros, donde llegaron carros cañeros llevando «a las mujeres vestidas de negro, con un pañuelo atado a la cabeza».⁴⁵

Según se desprende de lo antedicho, la Iglesia católica acompañó a la población en la exteriorización del duelo y los actos de homenaje. Esta labor fue realizada fundamentalmente por los curas párrocos, quienes expresaron de forma contundente su adhesión al duelo presidiendo las actividades organizadas en las localidades del interior de la provincia. Los curas párrocos bendijeron los altares públicos y privados, oficiaron misas de campaña en plazas y sedes municipales, presidieron las procesiones con antorchas llevando en sus manos el retrato de Eva Perón y exaltaron su figura cuando se dirigieron a la población en las misas y homenajes.

En ese marco, cabe señalar que el único caso de un cura párroco que no se plegó al duelo fue el del presbítero Ángel Díez y Menéndez (Famaillá), quien se resistió a abrir las puertas de la parroquia el día del deceso, impidiendo el ingreso de la población que buscaba rezar en el templo por el alma de Eva Perón. No era la primera vez que Díez y Menéndez manifestaba su oposición al gobierno. Sin embargo, en esa oportunidad el enojo de un sector de la población ocasionó la denuncia de la actitud del párroco ante la policía local. El caso llegó a manos de la Subsecretaría de Culto, desde donde se solicitó al obispado tucumano que tomara «las medidas oportunas» frente a la actitud del cura.⁴⁶ Resulta interesante reparar en la reacción de la población local y en las denuncias que muchos habitantes hicieron a la policía. Estas aludieron a la actitud opositora del párroco, a su falta de comprensión del dolor por el que pasaban los habitantes de la villa y a la importancia que se le otorgaba al templo, lugar que debía permanecer abierto para la oración por el alma de la extinta.

En ese sentido, durante los días de duelo se esperó que los curas párrocos acompañaran a la población en las honras fúnebres. Al margen del caso excepcional de Díez y Menéndez, los sacerdotes ocuparon un lugar destacado en los homenajes a Eva Perón, integrando las dimensiones religiosa y cívica y poniendo en escena los cruces entre religión y política. De acuerdo con el modelo general, los actos contemplaron en primer lugar el oficio de un funeral solemne en la parroquia a la que pertenecía la entidad que oficiaba el homenaje. Seguidamente, desde el templo salía la procesión de antorchas hasta la plaza principal, donde se emplazaba el «altar cívico» para hacer las ofrendas florales correspondientes y dedicar oraciones al alma de Eva Perón. El ejemplo de la localidad de Aguilares, ubicada al sur de la provincia, fue representativo de este tipo de homenajes:

45. Testimonio de Elena Guraib de Ahualli (Rosenzvaig, 1991).

46. AAT, Correspondencia con el Ministerio de Relaciones Exteriores y Culto, expediente sobre Ángel Díez y Menéndez, agosto de 1952. La complejidad que adquirió el caso se plasmó en denuncias de Díez y Menéndez contra un sector de la población que quería «perjudicarlo» y las cartas enviadas por los fieles, que solicitaron el traslado de un cura que solo generaba «divisiones entre el pueblo».

los obreros de la industria azucarera ofrecieron un solemne funeral en el templo local, el cual se vio «desbordado» por la concurrencia, para después llevar flores al retrato de Evita instalado en la plaza principal. Por la tarde, rezaron el novenario en la iglesia y salieron en procesión de antorchas alrededor de la plaza hasta el altar cívico, donde permanecieron en silencio hasta las 20.25 h.⁴⁷ Lo que aquí nos interesa resaltar es que los homenajes fueron presididos en casi todos los casos por los curas párrocos. Es decir, los sacerdotes oficiaron la misa, encabezaron la procesión con antorchas y dirigieron las oraciones frente al retrato de Evita en la plaza principal. Estas escenas se repitieron en los principales centros urbanos de la provincia, tales como Monteros, Concepción, Acherai, Tafí Viejo, Bella Vista y Trancas.

En efecto, los curas párrocos tuvieron un rol central en la escenificación del duelo, donde se articularon las tradiciones de una religión prescrita y una religión observada, una religión en cuanto práctica.⁴⁸ Por esta razón, lejos de interpretar en las prácticas religiosas populares que ensalzaron la figura de Evita el sustrato de una nueva religión política promovida desde el Estado, que entró en competencia con un catolicismo institucional, nuestra propuesta sugiere bajar la mirada –descentrándola de los discursos y los textos producidos por el gobierno– y acercar el lente a las expresiones religiosas colectivas para dar cuenta del modo en que las exequias de Eva Perón vinieron a insertarse en la tradición de una religiosidad popular arraigada en la población.

Veamos, por ejemplo, los homenajes religiosos que se realizaron en Trancas y en Monte Grande (departamento Famaillá). Se observa en estos casos una de las formas en las que la muerte de Eva Perón puso en movimiento una arraigada religiosidad local. Para expresar sus sentimientos de pesar, la población de Trancas y las zonas rurales vecinas transportaron la imagen de san Francisco Solano desde la villa hasta la «fuente milagrosa» que llevaba el nombre del santo patrono local, a 7 km de distancia.⁴⁹ La peregrinación fue encabezada por el cura párroco Juan Urbanc junto a funcionarios provinciales y nacionales, dirigentes gremiales, unidades básicas, delegaciones escolares y obreros de colonias agrícolas vecinas. Durante todo el trayecto se pidió, a través de oraciones, por el alma de Eva Perón.⁵⁰ En el caso de Monte Grande, la muerte de Eva Perón coincidió con las misiones que llevaban a cabo en la zona los sacerdotes Lorenzo Picón y Felipe Ganz. La culminación de estas consistió en la bendición de la cruz colocada en una loma del lugar, para lo cual organizaron una pere-

47. Diario *La Gaceta*, Tucumán, 31.07.1952.

48. Sobre la negociación entre religión en cuanto práctica y religión en cuanto prescripción, véase Christian, 1991.

49. Unos kilómetros hacia el norte de Trancas se conserva el «Pozo del Pescado», una fuente considerada milagrosa ya que fue allí donde Francisco Solano hizo brotar agua para saciar la sed de sus seguidores y de los primeros tranqueños. La fiesta que recuerda este milagro se celebra el domingo siguiente al de Pascua. El ejemplo de Trancas demuestra el modo en que se recurrió a creencias y prácticas religiosas locales para rendir homenaje y pedir por Eva Perón.

50. Diario *La Gaceta*, Tucumán, 1.08.1952.

grinación de fieles. Ese día, por iniciativa de la población, la columna portó un retrato de Evita y oró en sufragio de su alma durante los 6 km recorridos hasta el pie de la cruz, donde depositaron el cuadro. Finalmente, los sacerdotes bendijeron a los presentes y rezaron por su eterno descanso.⁵¹ En el mismo sentido, cabe destacar el homenaje religioso organizado en la ciudad de Tafí Viejo por la Sociedad Argentina de Ayuda Mutua y Beneficencia. Después de la misa oficiada en el templo de la Inmaculada Concepción, la procesión salió portando la imagen de la Virgen de las Mercedes, patrona de la institución, cuyo destino era la sede social de la entidad organizadora. Cuando llegaron, colocaron la imagen de la Virgen al pie del altar levantado en homenaje a Eva Perón en el salón de actos y elevaron rezos por su alma. Se dispuso que la Virgen «acompañaría» a Eva Perón durante los días de duelo.⁵² En líneas generales, los sacerdotes no dejaron de avalar e incluso propiciar estas formas de honras fúnebres, que a su vez daban cuenta de las formas de la religiosidad local.

4. Consideraciones finales

Tras la muerte de Eva Perón, la exteriorización de la adhesión peronista y el fervor religioso se vieron imbricados en las manifestaciones de duelo de la población tucumana. A lo largo del artículo, se propuso pensar la centralidad que asumió la institución eclesiástica en el marco de las manifestaciones de duelo oficial proyectadas desde el Estado. Indudablemente, el gobierno recurrió a la Iglesia para gestionar los homenajes religiosos y le otorgó un rol predominante en los mismos. La puesta en escena de las honras fúnebres, así como las oraciones dirigidas por la jerarquía y los sacerdotes, pusieron de manifiesto la unión entre la Iglesia y el gobierno. Consideramos que en tal escenario pudieron leerse los entrecruzamientos de la religión y la política, es decir, los cruces entre peronismo y catolicismo.

En efecto, la Iglesia católica no solo se sumó a las manifestaciones colectivas de duelo sino que las promovió, las legitimó y en gran parte las presidió. Si bien la jerarquía aceptó que la ola de religiosidad no tuvo origen en una iniciativa eclesiástica, la reconoció y valoró positivamente. Interpretó en esta una expresión de un «auténtico fervor religioso» e intentó capitalizarla. En este sentido, las prácticas religiosas originadas en la coyuntura de la llegada de la Cruz de Jerusalén a la provincia se volvieron indisociables de los sentimientos de dolor y las exteriorizaciones del duelo por la muerte de Evita. Ciertamente, fueron los propios miembros de la Iglesia los que promovieron el recurso a analogías religiosas que vincularon la figura de Evita con pasajes bíblicos.

Al cambiar el foco y centrarnos en las expresiones de duelo más allá de la perspectiva oficial, intentamos avanzar en el análisis de las diversas manifestaciones que se multiplicaron entre la población tucumana. En ese sentido, señala-

51. Diario *La Gaceta*, Tucumán, 8.08.1952.

52. Diario *La Gaceta*, Tucumán, 10.08.1952.

mos la concurrencia de una doble lógica, que imbricó las iniciativas espontáneas con aquellas promovidas desde la estructura política oficial. Señalamos como formas de expresión colectiva en primer lugar el oficio de misas, pero también la erección de altares ex profeso, las procesiones de antorchas y las peregrinaciones, entre otras. Los curas párrocos desempeñaron un papel destacado entre la población, acompañando activamente los homenajes religiosos. Se repitieron escenas en las que los curas presidieron misas, seguidas de procesiones de antorchas, en las que lideraron los rezos y llevaron en alto el retrato de Evita.

De este modo, la muerte de Eva Perón puso en movimiento una serie de prácticas religiosas populares que desbordaron la iniciativa de la jerarquía y que, en muchos casos, excedieron a la ortodoxia católica. Investigaciones futuras que aborden los universos religiosos tradicionales y las prácticas católicas populares en torno a la muerte a nivel local, probablemente contribuyan a vislumbrar el modo en que el deceso de Evita fue procesado por las poblaciones a partir de dispositivos de significación precedentes. Tal línea de investigación ayudaría a comprender mejor la forma en que las manifestaciones de duelo retomaron un espectro de prácticas religiosas tradicionales que fueron resignificadas en el mundo sindical, en los espacios propios del peronismo (como las unidades básicas y las sedes del Partido Peronista) y en las dependencias estatales (comisionados rurales, estaciones ferroviarias, escuelas, etc.). De alguna manera, los patrones de religiosidad local se resignificaron y se readaptaron a ese mundo peronista.

Sin embargo, lejos de interpretar en este hecho una competencia entre la Iglesia y el peronismo en el ámbito de la religión, o diagnosticar un factor de potencial conflicto entre ambos poderes, procuramos avanzar en la comprensión de la dinámica de funcionamiento de la institución eclesiástica y las formas de interacción con la religiosidad católica popular. En esta dirección, buscamos dar cuenta de los puntos de contacto más que de la confrontación y la disidencia, aspectos que, como ya se ha señalado, quedaron grabados en la historiografía. De este modo, sin negar las tensiones que se produjeron en el seno de la Iglesia diocesana, preferimos destacar su flexibilidad en el contexto de demandas políticas y religiosas. Si hubo curas párrocos que participaron de las movilizaciones religiosas, oficiaron misas y funerales solemnes, presidieron procesiones con antorchas y hubo fieles que requirieron de sus funciones para officiar los homenajes católicos, cabe preguntarse hasta qué punto la Iglesia sufrió un desplazamiento del espacio público o vio amenazado su monopolio de la movilización religiosa masiva.

Bibliografía citada

AMEIGEIRAS, Aldo Rubén (2008). *Religiosidad popular: creencias religiosas populares en la sociedad argentina*. Buenos Aires: Universidad Nacional de General Sarmiento, Biblioteca Nacional.

- BARRAL, María Elena (2007). *De sotanas por la Pampa. Religión y sociedad en el Buenos Aires tardocolonial*. Buenos Aires: Prometeo.
- BIANCHI, Susana (1994). «Catolicismo y peronismo: La religión como campo de conflicto. Argentina 1945-1955». *Boletín Americanista*, Barcelona, núm. 44, pp. 25-37.
- (2001). *Catolicismo y peronismo: religión y política en la Argentina 1943-1955*. Tandil: IEHS.
- (2002). «La conformación de la Iglesia católica como actor político-social. Los laicos en la institución eclesiástica: las organizaciones de elite 1930-1950». *Anuario IEHS*, Tandil, 17, pp. 143-161.
- (2012). «Su Eminencia Reverendísima Santiago Luis Copello, Arzobispo de Buenos Aires. Reconstrucción y crisis de la Iglesia católica argentina». Disponible en [historiayreligion.com](http://historiayreligion.com/category/contribesp), <http://historiayreligion.com/category/contribesp> (consulta-do el 6.03.2012).
- BLANCO, Jessica (2008). *Modernidad conservadora y cultura política: la Acción Católica Argentina (1931-1941)*. Córdoba: Facultad de Filosofía y Humanidades (UNC).
- BOSCA, Roberto (1997). *La Iglesia Nacional Peronista: factor religioso y factor político*. Buenos Aires: Sudamericana.
- CAIMARI, Lila (1995). *Perón y la Iglesia católica. Religión, Estado y sociedad en la Argentina 1943-1955*. Buenos Aires: Ariel.
- CHRISTIAN, William A. (1991). *La religiosidad local en la España de Felipe II*. Madrid: Nerea.
- FERNÁNDEZ, Sandra (2007). «Los estudios de historia regional y local: de la base territorial a la perspectiva teórico-metodológica». En: Fernández, Sandra (comp.). *Más allá del territorio. La historia regional y local como problema. Discusiones, balances y proyecciones*. Rosario: Prohistoria, pp. 31-46.
- FOLQUER, Cynthia (2006). «Se oye decir... Apuntes para comprender la experiencia religiosa en Chaquivil». En: Perilli, E. y Romero, E. (comps.). *La generación del centenario y su proyección en el noroeste argentino (1900-1950)*. Tucumán: Centro Cultural Alberto Rougés, pp. 408-419.
- (2012). «Praying women, keepers of the memory of the faith». En: Cleary, Edward L. (ed.). *Catholicism without Priests. An Historical Investigation*. EE.UU.: Paulist Press (en prensa).
- FRIGERIO, Oscar (1990). *El síndrome de la «Revolución libertadora»: la Iglesia contra el Justicialismo*. Buenos Aires: Centro Editor de América Latina, t. 1.
- GAMBINI, Hugo (2001). *Historia del peronismo. La obsecuencia (1952-1955)*. Buenos Aires: Planeta.
- GAYOL, Sandra (2010). «Los despojos sagrados: funerales de estado, muerte y política en la Argentina del centenario». En: Tato, M. I. y Castro, M. (comps.). *Del Centenario al peronismo. Dimensiones de la vida política argentina*. Buenos Aires: Imago Mundi, pp. 9-32.

- GRINBERG PLA, Valeria (2005). «De las relaciones non sanctas entre el discurso político y el discurso religioso: el caso de Eva Perón». *Istmo. Revista virtual de estudios literarios y culturales centroamericanos*, núm. 10, enero-junio, disponible en: <http://istmo.denison.edu/n10/articulos/relaciones.html>, (consultado el 13.03.2012).
- GUTIÉRREZ, Florencia y RUBINSTEIN, Gustavo (2012). *El primer peronismo en Tucumán. Avances y nuevas perspectivas*. Tucumán: EDUNT.
- LUNA, Félix (1987). *Perón y su tiempo*. Buenos Aires: Sudamericana.
- MALLIMACI, Fortunato (1991). «Movimientos laicales y sociedad en el período de entreguerras. La experiencia de la acción católica en la Argentina». *Cristianismo y Sociedad*, México, núm. 108, pp. 35-69.
- MERCADO, Lucía (1997). *El Gallo Negro. Vida, pasión y muerte de un ingenio azucarero*. Tucumán: publicado por la autora.
- NAVARRO, Marysa (2011). *Evita*. Buenos Aires: Edhasa.
- ROSANO, Susana (2006). *Rostros y máscaras de Eva Perón: Imaginario populista y representación*. Rosario: Beatriz Viterbo Editora.
- ROSENZVAIG, Eduardo (1991). *Santa Ana: un modelo de cultura rural*. Tucumán: Instituto Universitario de Artes Plásticas-Aguilares, Facultad de Artes, UNT.
- RUBINSTEIN, Gustavo (2006). *Los sindicatos azucareros en los orígenes del peronismo tucumano*. Tucumán: Travesía, Facultad de Ciencias Económicas, Universidad Nacional de Tucumán.
- SANTOS LEPERA, Lucía (2010). «La jerarquía católica tucumana y el primer gobierno peronista frente a las huelgas obreras». En: Folquer, C. y Amenta, S. (eds.). *Sociabilidad, cristianismo y política. Tejiendo historias locales*. Tucumán: Unsta/ CEPHIA, pp. 455-478.
- (2012). «La Iglesia católica y su relación con el gobierno peronista, 1943-1955». En: Gutiérrez, Florencia y Rubinstein, Gustavo. *El primer peronismo en Tucumán. Avances y nuevas perspectivas*. Tucumán: EDUNT (en prensa).
- TAYLOR, William B. (1999). *Ministros de lo sagrado: sacerdotes y feligreses en el México del siglo XVIII*. México: El Colegio de Michoacán/Secretaría de Gobernación/El Colegio de México.
- ZANATTA, Loris (1996). *Del Estado Liberal a la Nación Católica: Iglesia y ejército en los orígenes del peronismo. 1930-1943*. Buenos Aires: Universidad Nacional de Quilmes.
- (2009). *Breve historia del peronismo clásico*. Buenos Aires: Sudamericana.
- (2011). *Eva Perón. Una biografía política*. Buenos Aires: Sudamericana.

Fecha de recepción: 25.03.2012

Fecha de aceptación: 29.05.2012